

RESISTENCIA INDÍGENA, MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES Y LAS AUTONOMÍAS NEOZAPATISTAS

*J. Jesús María Serna Moreno**

La resistencia indígena en América Latina tiene ya más de cinco siglos. Primero contra el colonialismo externo por parte de las monarquías europeas. Más tarde contra el colonialismo interno,¹ producto de un sistema capitalista impuesto a medias sobre una realidad étnicamente diversa. Mucho hay que aprender de esta resistencia que tiene históricamente una expresión en una enorme multiplicidad de modalidades. En el caso de México, en las últimas tres décadas, la resistencia indígena alcanzó su más elevada expresión en las comunidades zapatistas-chiapanecas. Estas comunidades de indígenas tzotziles, tzeltales, tojolabales, choles y mames han llevado a cabo su resistencia a través de su organización, producto del levantamiento armado de 1994. Esta organización se encuentra estructurada mediante cinco “Caracoles” en rebeldía, Juntas de Buen Gobierno, Municipios Autónomos y Asambleas Comunitarias. Sin embargo, la importancia de esta re-

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-UNAM. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Sus líneas de investigación son etnia, cultura, poblaciones indígenas y afrodescendientes en América Latina (sernam@unam.mx).

¹ Véase Pablo González Casanova, *La democracia en México*, 9ª ed., México, Era, 1977, pp. 103-108 y, del mismo autor, *Sociología de la explotación*, 11ª ed., México, Siglo XXI, 1987, pp. 223-250.

sistencia y las enseñanzas que nos pueden proporcionar a los no indígenas, muchas veces ha quedado invisibilizada por la figura del subcomandante insurgente Marcos. Se pone atención en lo que él dice y no en lo más valioso que es esta resistencia que han llevado a cabo las comunidades zapatistas o “neozapatistas”, como algunos autores prefieren llamarles. Eso es lo que nos ha querido decir el propio subcomandante, cuya adopción de nombre es ahora Galeano, después de declarar su propio fallecimiento. Ha querido mostrarnos que su existencia puede extinguirse, y con ello no desaparece lo valioso que está detrás de él y que por un racismo propio de quienes subestiman lo que pueden hacer los indígenas, se les ignora o no se les ve. En este trabajo pretendemos mostrar que las enseñanzas de esa resistencia comunitaria pueden tener repercusión y pueden servir de ejemplo para quienes viven en lugares tan alejados como la Ciudad de México y, en específico, para los que formamos parte de la UNAM como maestros, estudiantes o trabajadores de diversa índole.

Asistimos a la Escuelita Zapatista y aprobamos el primer nivel. Ahora estamos empeñados en aprobar el segundo. En ese camino, nos hacemos muchas preguntas. Queremos partir del “caminar preguntando”. Por ejemplo: ¿Cómo entender el mandar obedeciendo desde la UNAM? ¿Es posible? ¿Existen antecedentes que apunten hacia allá? ¿Qué experiencias pasadas podemos considerar de utilidad para el futuro? ¿Qué enseñanzas, desde la perspectiva zapatista, nos dejan las resistencias, desde abajo, que se han vivido en la UNAM? Y, por último, ¿cómo retomar también las enseñanzas de la resistencia que llevan a cabo las comunidades zapatistas, y que pudimos conocer a través de la Escuelita Zapatista, desde nuestra condición de universitarios?

Hemos buscado inspiración en la resistencia zapatista que es, sin duda, la resistencia indígena, en el sentido en que lo decíamos arriba, y que es una más entre muchas otras resistencias también muy valiosas, pero podríamos verla como la más importante en

los últimos años en México, para repensar otras resistencias no indígenas como la del '68, si lo analizamos desde abajo y a la izquierda. En el entendido de que no es lo mismo resistir para sobrevivir que resistir para transformar el mundo, en busca de la emancipación. Los movimientos indígenas se han llevado a cabo en diferentes épocas y lugares por estas dos formas de resistir.² Por su parte, los movimientos estudiantiles (de corto o de largo alcance) pueden ser movimientos por cuestiones al interior de la escuela, universidad o cualquier otro centro educativo o pueden proponer la transformación de un sistema de gobierno o de la sociedad en su conjunto. En cuanto al levantamiento zapatista, aunque en México ha habido otros movimientos indígenas de carácter emancipatorio, ninguno que haya calado tan hondo (según lo ha dicho en múltiples ocasiones el Congreso Nacional Indígena, única organización indígena en un nivel nacional) como el del 94 que aún continúa en constante transformación.

En lo que se refiere al movimiento del '68 pocas veces se escucha, por parte de la gente interesada, a quienes vivimos la experiencia desde abajo. Están ahí los líderes consecuentes, algunos inconsecuentes, otros cada cual con su propia versión y, sin embargo, casi siempre, salvo algunas excepciones,³ el movimiento es visto desde arriba. Desde la mirada de los dirigentes, los más inteligentes, los estrategas, se dice. Y está bien que esta parte cular del movimiento se manifieste, pero como nadie puede arrojarse la propiedad privada del recuerdo, del análisis, de la opinión, del sentimiento, siempre harán falta otras miradas de los

² Véase J. Jesús María Serna Moreno, *México un pueblo testimonio. Los indios y la nación en Nuestra América*, México, Plaza y Valdes/CCyDEL-UNAM, 2001; aunque, desde luego, existe una muy amplia bibliografía al respecto.

³ Quizá la más importante sea la de Raúl Jardón, 1968, *el fuego de la esperanza*, México, Siglo XXI, 1998; aunque habría que tomar en cuenta también a Elena Poniatowska con su afamada obra *La noche de Tlatelolco*, México, Era, 1971, por los testimonios que recoge, aunque, también de alguna manera ponga mucha atención a lo que dicen los líderes.

cientos de miles que participamos en ese entonces, sobre todo si se trata de una mirada de alguien que trata de ver de otra manera esa experiencia. De verla a partir de lo que ha aprendido del zapatismo y su aleccionador proceso emancipatorio.

Se trata, entonces, de diversas maneras de abordar el análisis y un “desde” donde colocarse. Intentaremos lanzar la mirada desde abajo y a la izquierda. Como ya dijimos, sin pretender que sea la única, para su análisis; por lo tanto, habría que ubicar la mirada desde el ras del suelo, desde las asambleas, desde las brigadas, desde los mítines relámpago, desde la elaboración de las pintas en la pared, desde las brigadas que se encargaron del reparto de volantes, desde donde se llevaron a cabo las tareas de las comisiones, de las brigadas, desde las pláticas en los pasillos, las discusiones incesantes y omnipresentes; desde el actuar, pues, de ese monstruo colectivo, sujeto de mil cabezas, nunca asido totalmente, siempre parcialmente apreciado. Hablar, pues, desde el “nosotros” del ‘68, como diría Carlos Lenkersdorf. Ese “nosotros” colectivo que lo lleva a desarrollar una teoría de lo que denominó “lo nosótrico” que él consideraba un aporte de los tojolabales.⁴ Éste, sin embargo, sigue siendo un proyecto de recuperación de esa memoria colectiva, todavía como algo a llevar a cabo. Aquí presentamos sólo el planteamiento general y algunas de sus implicaciones, para referirnos más adelante a la enseñanza emancipatoria del zapatismo o neozapatismo, como también se le ha llamado.

Volviendo a Carlos Lenkersdorf, en sus intervenciones solía referirse a una anécdota que le ocurrió cuando llegó con los tojolabales pues uno de ellos le pidió que les hiciera un examen a todos. Nunca habían tenido uno y querían saber cómo eran los exámenes en las escuelas: “pensé rápidamente en un problema”, nos dijo don Carlitos. “Al escuchar el problema y la tarea para resolverlo, entonces comenzó lo que me enseñaron a mí, lo que

⁴ Carlos Lenkersdorf, *Filosofar en clave tojolabal*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2002.

aprendí de ellos, no sólo su lengua, sino su cultura”. En cuanto escucharon el problema todos se levantaron sin ponerse de acuerdo, espontáneamente, y se fueron al último lugar, al último rincón del saloncito, que era un techo con postas. Y todos participaron activamente para dar su aportación. Y así estuvieron hablando por un tiempo. Después regresaron y me dijeron: “hermano Carlos aquí está la solución del problema. Todos lo entendemos y todos lo resolvimos”. Don Carlos agregó que ya no recordaba el problema, pero nunca olvidaría la manera en que lo resolvieron. Les explicó cómo son los exámenes en las universidades, en las escuelas de primaria, de secundaria, etcétera.

Pero —me dijeron otra vez—, hermano Carlos tú conoces nuestras comunidades, si tenemos un problema, ¿qué hacemos? Nos juntamos todos y no es que cada uno vaya a su casa para individualmente encontrar la solución, ¡no! Todos juntos, porque dinos tú ¿Quién piensa mejor, ¿una cabeza o 25? En cada cabeza tenemos dos ojos, ¿cuáles ven con más claridad dos ojos o 50?⁵

Este es, pues, el pueblo que le enseñó a Carlos Lenkersdorf lo que significa para ellos el “nosotros”. Para mí, el “nosotros” del ‘68 estaba conformado por esos cientos de miles que en su hacer colectivo podían ver mejor, porque estaban considerados como un todo, en vez de lo que miran unos cuantos, por ejemplo sus líderes, por muy importantes que éstos sean.

Inspirado en el pensamiento de Walter Benjamin, Hugo Marcelo Sandoval decía que, “al interrumpirse la reproducción de las formas jerárquicas, coercitivas y de explotación se muestra que la explotación, el Estado y el capital, no han existido siempre, sino que no los necesitamos para vivir, que podemos prescindir y se ha prescindido en muchas ocasiones de esas relaciones sociales, ins-

⁵ Carlos Lenkersdorf, “Lo que los tojolabales enseñan”, en *Pensares y Quehaceres. Revista de Políticas de la Filosofía*, núm. 5, septiembre de 2007.

tituciones y significaciones”⁶ que lo constituyen. “Las rebeliones deshacen —destruyen— las relaciones jerárquicas y coercitivas y crean en el mismo instante relaciones sociales solidarias y dignas”.⁷ Esto es lo que ha logrado el zapatismo con su levantamiento. Y esto nos lleva a mirar de otra manera tales momentos de ruptura y cambio, aunque muchos de ellos, sobre todo en el caso de los movimientos estudiantiles, sean sólo, en ocasiones, cambios pasajeros. Todo eso es lo que hemos vuelto a ver reproducirse en una menor dimensión en cada una de las huelgas en las que hemos participado, sean huelgas estudiantiles o huelgas sindicales.

“Las huelgas, decía Lenin, son escuelas de socialismo”.⁸ En ellas, se rompe con el orden cotidiano; con las jerarquías de la estructura de poder que nos envuelve. Todo se pone en cuestión, todo se discute y, además, todo se decide colectivamente. Las relaciones entre los integrantes de esas grandes colectividades estudiantiles o de trabajadores se hacen más frecuentes y más intensas; el espíritu creativo se agudiza, se ve estimulado y las respuestas más ingeniosas a los problemas más complejos se ponen a prueba; las cualidades que se vuelven más apreciadas son las de la solidaridad, la fraternidad, el desprendimiento, la honestidad; en síntesis, la aspiración a un orden diferente, un mundo más justo, menos desigual, más libre, más humano. Es cierto que también se generan aspectos negativos, pero en esta ocasión quisiera destacar lo que, considero, puede ser útil. Son momentos poéticos en el más profundo sentido de la palabra. Y esa *poiesis* lo permea todo. Muchos mitos se vienen abajo, entre ellos el que los hombres son más

⁶ Hugo Marcelo Sandoval Vargas, “La escuela zapatista: la construcción de un horizonte político organizativo por la autonomía”, en Marcelo Sandoval *et al.*, *La escuelita zapatista. Ensayos y testimonios*, México, Grietas, 2015 (Col. Crisis y Crítica), p. 18. Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, Itaca, 2008.

⁷ *Ibid.*, p. 20.

⁸ Vladimir Ilich Lenin, “Sobre las huelgas”, en *Obras completas*, México, Ediciones de Cultura Popular/Akal [s.f.].

valientes o más fuertes o están mejor preparados que las mujeres para las tareas más difíciles y los trabajos más pesados.

La forma de organización que aparece espontáneamente no es, en realidad, sino la forma que el colectivo escoge para evitar que sean los individuos o los pequeños grupitos de sabiondos los que se trepen en el ejercicio del poder y decidan por los demás. Desde un principio se busca un control efectivo desde abajo, desde las bases, como se dice en la jerga estudiantil y sindical. La propuesta que surge desde abajo es la de una democracia radical, directa, transparente, abierta a los ojos de todo el mundo. A la izquierda radical que ha sostenido este concepto de democracia se le ha tildado de intolerante y se le ha considerado poco democrática por parte de los que se conforman con las “escualideces” de la “democracia” representativa, institucionalizada, legalizada; “democracia” que en sí misma, para muchos, no es nada despreciable; sobre todo en México, dicen, donde ni siquiera este tipo de democracia tenemos, pues lo que hay no es sino una perversión de la democracia formal.⁹

Por otro lado, tenemos algunos marxistas dogmáticos que no aceptaban ninguna crítica al sistema soviético por considerar que toda crítica era hacerle el juego a la “derecha”, a la “burguesía”, al “imperialismo” o a la “reacción”. Con la caída del muro de Berlín, estos dogmáticos con su actitud acrítica y su acomodamiento como funcionarios se fueron al otro extremo y olvidaron que había marxismos contrarios a la ortodoxia que ellos sustentaban en aquellos tiempos, y que, en muchos sentidos, un marxismo crítico era asumido por amplios sectores del estudiantado que leían a Marx,¹⁰

⁹ De esta manera, en México por ejemplo, para nombrar a un presidente de la República, si ya legalmente se declaró ganador a un candidato, aunque haya sido elegido por medio del fraude, se le considera presidente, la supuesta minoría debe ser democrática y debe aceptar su derrota “legal” e “institucional”.

¹⁰ Carlos Marx, *Manifiesto del partido comunista*, Moscú, Progreso, 1976; *El Capital. Crítica de la economía política*, México, FCE, varias ediciones; Carlos Marx, Federico Engels, *Obras escogidas*, 3 ts., Moscú, Progreso [s.f.].

a Lenin,¹¹ a Mao,¹² a Trotsky,¹³ al Che,¹⁴ a Revueltas,¹⁵ a Gramsci¹⁶ y a muchos otros representantes de un marxismo en permanente discusión.

Sin embargo, la demanda fundamental en la que coincidíamos todos era la de la lucha por las libertades democráticas para México.

El movimiento del '68 fue un movimiento democrático por excelencia en el sentido más profundo. Las formas de participación masiva inherentes a la formación democrática se manifestaron no sólo a la hora de votar en una asamblea o en un comité o en alguna comisión, sino que toda la vida cotidiana dentro del movimiento se encontraba inmersa en distintas formas, a cual más creativa, de participación democrática.¹⁷ Y ahí, donde no ocurría así, las críticas llovían por parte de quienes eran excluidos o discriminados. Así, las mujeres, volviendo al ejemplo del machismo, en cuanto se veían desplazadas, protestaban; aprendieron a no quedarse calladas porque las cosas funcionaran de determinada manera en la "normalidad" de un sistema ahora cuestionado. Así es como surgieron corrientes feministas críticas dentro de las organizaciones de izquierda que, en ese entonces, continuaron manteniendo las

¹¹ Vladimir Ilich Lenin, V. I., *El Estado y la revolución*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, varias ediciones; *Obras escogidas*, Moscú, Progreso; entre otras.

¹² Mao Tse-Tung, *El libro rojo*, Madrid, Bruguera, varias ediciones; *Sobre la contradicción*, *Obras escogidas*, 5 ts., Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, varias ediciones.

¹³ León Trotsky, *La revolución permanente*, México, FCE, 1970; entre otras.

¹⁴ Ernesto "Che" Guevara, *El socialismo y el hombre nuevo*, México, Siglo XXI, 1979; *Diario de Bolivia*, La Habana, edición especial de la revista *Bohemia*, 1968 y otros.

¹⁵ José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, México, Era, 1981.

¹⁶ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1981.

¹⁷ Raúl Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco*, México, Grijalbo, 1988; Sergio Zermeno, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo XXI Editores, 1978.

posturas machistas, como muchas otras las mantienen aún en la actualidad.

En fin, habría mucho que decir en relación a la forma en que se autoorganizó el movimiento y el nivel de democracia participativa, horizontal y omnipresente que se logró poner en práctica. No sería exagerado decir que fue esto lo que se trató de acallar con la brutal masacre, y todo el peso de la violencia despiadada del Estado. La masa estudiantil exigió diálogo público y no “arreglos en lo oscurito”, como intentaron hacer en varias ocasiones incluso algunos de los funcionarios del Estado supuestamente más progresistas, y, desde luego, algunos de los líderes que encabezaron el movimiento. Esto y el hecho de que la lucha estudiantil pudiera repercutir en los sectores populares, sobre todo en los trabajadores del país, fue lo que se trató de eliminar a través de la represión más brutal el 2 de octubre.¹⁸

Pero volvamos a lo que más nos interesa; durante el movimiento del '68 se impidió, en todo momento, que los representantes fueran plenipotenciarios. Todos ellos estaban sujetos a la vigilancia desde las bases y su representación, cuyo mandato era revocable en cualquier momento. De ahí las críticas feroces de la reacción, principalmente desde los medios masivos, al “asambleísmo”, al “sovietismo” de los consejos estudiantiles o el Consejo Nacional de Huelga (lo cual, entre las corrientes estudiantiles ha marcado diversas tendencias: anarquismo, consejismo, autogestión, etc., todos ellos a discusión teórica y a la prueba de la práctica crítica y consciente).

Al interior de la UNAM, la herencia del '68, en este sentido, dejó una cauda de experiencias que transformó *de facto* la estructura, en mucho, autoritaria y antidemocrática de nuestra Máxima Casa de Estudios, a través de autogobiernos como el de Arquitectura y posteriormente el del CCH Oriente, cogobiernos como el de

¹⁸ El 2 de octubre de 1968 estuvimos en el edificio Chihuahua, nuestro testimonio se encuentra en Jardón, *op. cit.*, p. 182.

Economía y el de Medicina, comités de lucha como los de las facultades de Ciencias Políticas y Sociales, y Filosofía y Letras, o experiencias en donde el órgano máximo de decisión siguió siendo por un tiempo la asamblea general como ocurrió en la Facultad de Ciencias.

Esto sucedió también, en diversas instituciones como el Politécnico y en muchas otras escuelas, universidades y colegios. Así, por ejemplo, la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), vivió muy de cerca y de manera muy protagónica el movimiento del '68. Ahí también se vieron modificadas esas estructuras y el proceso de democratización caló hondo y llevó incluso a ciertos actos que muchos consideraron como excesos debido a su radicalización. Del Museo de Antropología (donde se encontraba ubicada en ese entonces la ENAH) salían las marchas. Era el lugar de reunión y ahí se elaboraban las pancartas, se pintaban mantas, etc., etc. De este modo, la ENAH tuvo una participación relevante, su comité de lucha fue uno de los más combativos y democráticos y no siempre se le ha mencionado cuando se habla del movimiento estudiantil del '68.

Todo ello trajo como consecuencia que, en muchas escuelas, las autoridades fueran elegidas democráticamente y se conservaran las asambleas por carrera, las academias, las asambleas generales, los consejos académicos y varios órganos que buscaban el funcionamiento democrático de las escuelas. Algo de ello aún continúa existiendo, aunque habría que decir que, en general, ha sido muy difícil mantener dichas estructuras, cuando se vuelve a la cotidianidad en la que tienden a prevalecer las tendencias originadas desde los órganos de poder de la estructura antidemocrática del Estado. Las presiones económicas por la restricción de los recursos, la cooptación, la burocratización y la corrupción tienden a prevalecer con el tiempo y renacen con fuerza en cuanto se vuelve a la "normalidad".

En 1968, Zacatenco, el "Casco" de Santo Tomás, la Normal Superior, Chapingo e incluso escuelas privadas como la Universidad

Iberoamericana, vivieron procesos de democratización interna y tuvieron momentos gloriosos de participación masiva y democrática de alumnos, maestros y hasta algunas autoridades que se sumaron al paro; no todas ellas respetuosas de las decisiones colectivas, por cierto. De esta manera, en cada nuevo movimiento, la memoria colectiva recurre al pasado para aprender de él. En ese sentido, el movimiento del '68 sigue siendo la fuente de inspiración más rica y prolija en experiencias para las nuevas luchas, cuando menos hasta antes del '94.

Habría que decir también, que el movimiento del '68 no surgió de la nada. Tuvo sus antecedentes de los cuales se habló mucho en su momento, pero, inevitablemente, han ido quedando olvidados con el tiempo: el movimiento ferrocarrilero, el del magisterio nacional, el de los médicos, el del Politécnico y algunas universidades de provincia como la de Puebla o la de Michoacán.¹⁹ En particular, a nosotros nos parece de vital importancia el movimiento del '66 en la UNAM; ya que, por lo general, cuando se ha tratado el tema se le ha desvirtuado o se le ha comprendido muy poco en sus aspectos trascendentales, ya que casi siempre se le critica y relaciona con la caída del rector de "izquierda", Ignacio Chávez, debido a la acción de los priistas de la Facultad de Derecho, lo que fue cierto, pero, ni con mucho lo más importante. No se menciona, por ejemplo, la estructura autoritaria que impuso durante su mandato el rector Chávez. En las escuelas había prefectos, mandaban las Federaciones Universitarias de Sociedades de Alumnos (FUSAS), existían muchos grupos porriles como el Movimiento Unificador de Renovadora Orientación (MURO) y el grupo anticomunista (GUIA), se castigaba la participación política. Y todo eso se cuestionó con el movimiento del '66 que se extendió por toda la UNAM; uno de sus logros fue que a los preparatorianos (que en esa generación se les había aumentado un año más a sus estudios pues

¹⁹ Ramón Ramírez Gómez, *El movimiento estudiantil de México*, México, ERA, 1969; también Jardón, *op. cit.*

se pasó del plan de dos al plan de tres años) no se les hiciera examen de admisión a los alumnos (después de que la UNAM ya los había aprobado). Esto del llamado “pase automático” de la prepa o el bachillerato del CCH a la UNAM ha sido una de las cuestiones, a mi juicio, peor comprendidas entre las demandas estudiantiles. El recuerdo de ese y otros movimientos ha renacido en cada nueva lucha aquí en la UNAM. Esta incorporación ha llevado a generar la lucha contra los rechazados, fenómeno ocasionado por la no admisión a la UNAM de miles y miles de aspirantes a través del llamado examen único.

Por otra parte, la matanza, es decir la represión violenta y masiva del Estado, es algo por supuesto a todas luces reprochable y que no se debe olvidar. De ahí la consigna de que “2 de octubre no se olvida”, porque ello significa actualmente no olvidar la lucha contra la impunidad. Es decir, seguir exigiendo que se haga justicia y se castigue a los responsables que aún se encuentran vivos. Esta exigencia es una demanda justa y apoyable. Esto es lo que quieren borrar aquellos que critican el hecho de que se ponga énfasis en la matanza de estudiantes, en los muertos: “Necrofilia”, dicen algunos, “martirologio”, dicen otros; también se argumenta que hablar de la enorme cantidad de caídos genera miedo a participar e inhibe la lucha, porque se deja de lado lo más rico en enseñanzas del movimiento que fue la primavera vivida durante meses, la fiesta de la participación, la creatividad masiva en las calles, en las escuelas, en las aulas; la poesía en los muros. A nosotros nos parece que se deben ver las dos caras de la moneda, sin caer en pesimismo inmovilizadores ni en optimismos que no sean, en alguna medida, realistas.

Sobre esto último, no hay que olvidar que en la época de los sesenta lo que imperaba casi en un nivel mundial era la convicción de que habría que exigir lo imposible. La consigna durante mayo en París era la de “¡La imaginación al poder!”, “¡Seamos realistas,

exijamos lo imposible!”,²⁰ es decir la dimensión utópica del impulso en el quiebre de la tensión entre lo real y lo posible. Eso que ha estado presente en los movimientos no sólo estudiantiles, sino en todos los movimientos culturales, políticos y sociales. No podemos perder esta perspectiva utopista del ‘68; por supuesto, no en su sentido de falta de visión científica, como lo señaló con justeza, en su crítica al socialismo utópico, Carlos Marx; sino en lo que tiene la utopía de movilizadora, de esperanzadora, de proyección hacia el futuro. Pero para sacar conclusiones desde una perspectiva zapatista del movimiento del ‘68, se requiere, además, del método de “caminar preguntando”, saber escuchar y mirar desde las bases; se requiere entender a cabalidad lo que es una visión crítica de izquierda, radical, emancipatoria. Todo esto lo vemos repetirse en otros movimientos estudiantiles, pero también y de manera más profunda en la rebelión de los indígenas chiapanecos, pero con nuevas y más consolidadas experiencias.

Así, en 1986 ante la imposición de cuotas que iniciaban un proceso de privatización de algunos servicios que atentaba contra la gratuidad de la educación media superior y superior, se llevó a cabo un movimiento estudiantil en la UNAM. En esa ocasión (31 de octubre de ese año) se formó el Consejo Estudiantil Universitario, al igual que el CEU de 1966 y, por primera vez, se logró el diálogo público con los representantes del rector Jorge Carpizo McGregor (negado en 1968 por el autoritarismo enfermizo del presidente Gustavo Díaz Ordaz). La lucha terminó en 1987 con opiniones encontradas respecto a los acuerdos “asumidos” por el Consejo Universitario para que se realizara un Congreso Universitario, el cual se llevó a cabo en 1990, pero ya sin huelga y con toda la “institucionalidad” a cuestas. El resultado no fue el esperado por los estudiantes y salvo la demanda de los Consejos Académicos de Área, aunque desnaturalizados (pues se aprobaron en una

²⁰ Jardón, *op. cit.*, p. 16; también de él mismo *Travesía a Ítaca*, México, Cenzontle, 2008.

versión burocratizada y con mayoría de autoridades sobrerrepresentadas), prácticamente todo quedó igual.

En 1999 se volvió a paralizar la UNAM contra el Reglamento General de Pagos, en esa ocasión durante un año de huelga, la cual ganó en buena medida (y provocó la renuncia del rector Francisco Barnés de Castro), sin embargo, el triunfo se mediatizó al final mediante la represión con la entrada de la policía, según varios comentaristas, con la complacencia del nuevo rector Juan Ramón de la Fuente. Estas dos huelgas pararon las medidas neoliberales sobre educación en nuestra Máxima Casa de Estudios. Aquí, sin embargo, no entramos a su análisis porque no es el objetivo central de nuestro texto. Y, por último, otra huelga estudiantil de reciente realización fue la de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) contra María Esther Orozco, una rectora represiva y profundamente autoritaria. Como decíamos, en cada una de estas huelgas estudiantiles, las enseñanzas anteriores eran actualizadas con la memoria colectiva de aquellos que habían vivido las experiencias anteriores o sabían de ellas, se volvieron a retomar ejemplos y en cada una se crearon también iniciativas novedosas.

De regreso con el levantamiento zapatista podemos decir que, en su proceso de transformación, fue descubriendo la importancia de lo autonómico. Como dijo el subcomandante insurgente Marcos el levantamiento zapatista en un principio fue “para hacerle la guerra al olvido y al desprecio”. En las comunidades indígenas ya se perfilaba la satisfacción de las necesidades, en situación de apoyo mutuo, autoemancipación y autonomía. Un convivir para la situación del deseo que proporciona el placer de la vida misma. Pero les llevó mucho tiempo más comprender plenamente, sobre todo a los que llegaron de fuera, que la emancipación sólo puede ser autoemancipación y ella se constituye a través del ejercicio de la autonomía.

Los zapatistas han logrado mantener su proceso de autonomía durante más de veinte años. Han durado más que cualquier otra

experiencia revolucionaria del siglo XX; consecuentes con un horizonte autónomo, han generado instituciones no estatales como los Municipios Autónomos, las Juntas de Buen Gobierno, y los Caracoles, junto a formas de vida distintas a través de la autogestión, en la educación, la salud, la cultura, el trabajo; han tomado en sus manos la tierra para vivir en un sentido anticapitalista.²¹

La autonomía zapatista parte del potencial instituyente de 520 años de resistencia contra el colonialismo. La resistencia anticolonial es un devenir discontinuo de los pueblos que les ha permitido seguir existiendo, pues con todo y 520 años de capitalismo, nos comparten que la resistencia es lo que les permitió mantener su rumbo.²² En su lucha, han ido descubriendo la importancia de los siete principios del EZLN: “servir y no servirse, representar y no suplantar; construir y no destruir; obedecer y no mandar; proponer y no imponer; convencer y no vencer; bajar y no subir”.²³

A través de “su discurso y su práctica política, los zapatistas han venido difundiendo su propuesta emancipatoria. Desde 1993, los zapatistas se distanciaron de la forma en la que se había entendido la emancipación de manera dominante durante el siglo XX”.²⁴ Pero, además,

La propuesta política antisistémica del zapatismo se fundamenta en promover procesos de organización a nivel mundial para la recuperación de los medios de producción, distribución, circulación y consumo, que permitan al sujeto social la reabsorción de la política

²¹ Revista *Rebeldía*, núm. 50, 2007.

²² La resistencia, como decía Mario Vargas Llosa (aunque no sea “santo de mi devoción”) “está subordinada a una esperanza, a la ilusión de un cambio histórico posible para lograr una vida mejor, más que al mero repudio de lo existente”. Citado por Jardón, 1968, *el fuego de la esperanza...*, p. 14.

²³ Así nos lo hicieron saber a quienes asistimos al *II encuentro de los pueblos zapatistas con los pueblos del mundo*, entre los días 20 y 29 de julio de 2007.

²⁴ Rodrigo Rubén Hernández González, texto inédito, proporcionado por el autor, p. 167.

al conjunto social, construyendo un nuevo tipo de relaciones entre la sociedad y con la naturaleza, cuyo eje sea la vida digna centrada en la democracia, la libertad y la justicia.²⁵

En el año 2012 se dio a conocer la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* considerada, por ellos mismos, como la más zapatista de sus declaraciones. En ella se plantea la lucha global contra el capitalismo. Con la construcción de la autonomía a una escala global²⁶ los zapatistas extendieron su propuesta en un plano mundial, mientras en el nivel local continuaron la construcción de sus propias instancias de gobierno autónomo, primero con la creación de los Municipios Autónomos mediante los cuales recuperaron sus tierras y su territorio y, posteriormente, con los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno, tal y como se mostró durante el II Encuentro de los pueblos zapatistas con los pueblos del mundo.²⁷ Poco a poco, a través del ejercicio de su autonomía y de la práctica interna y con la sociedad civil, de lo que los zapatistas llaman el “caminar preguntando”, comenzaron a generar iniciativas que permitieron cambiar el énfasis de la lucha por la liberación nacional por el de la lucha contra el capitalismo mundial. En este proceso los zapatistas fueron abandonando la idea de revolución, sustituyéndola por la de “resistencia” y “rebeldía”, más adecuada a su propuesta de transformación y emancipación.

²⁵ *Ibid.*, p. 168.

²⁶ Como la ha llamado Carlos Aguirre Rojas, en su texto *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, México, Contrahistoria, 2010.

²⁷ En otro trabajo —J. Jesús María Serna Moreno, “Las comunidades zapatistas, una autonomía en los hechos”, en Silvia Soriano [coord.], *Los indígenas y su caminar por la autonomía*, México, CIALC-UNAM/Ediciones EON, 2009— [Anotábamos que] “En las diversas mesas de trabajo, los comandantes y comandantas, así como las bases de apoyo, explicaron los trabajos que por más de trece años han realizado en la construcción de la autonomía. En esta ardua labor, la recuperación y la defensa de tierras ha sido fundamental, según ellos mismos explicaron.”, p. 75.

Ya en 2007, durante el mencionado II Encuentro, don Juan Chávez decía al respecto que:

El mensaje que escuchamos ayer por la tarde con relación a las experiencias de educación autónoma zapatista y de los promotores de salud, nos muestra los avances que se realizan a partir de las experiencias que se están haciendo aquí y que parten de una organización con bases sólidas. Son aportaciones muy importantes para los que tenemos oportunidad de escuchar, de analizar, ya que parten de conocimientos muy profundos, de siglos, de generaciones, conocimientos milenarios de los pueblos primeros, tanto de tribus, comunidades y naciones indígenas que pueblan sus territorios. Fortalece la idea de aplicar esos conocimientos, tanto en la medicina tradicional como en la educación de nuestros pueblos.²⁸

Así, podríamos definir la “rebeldía” como la búsqueda de la transformación de la sociedad desde abajo, mientras la “resistencia” sería el proceso de autoorganización popular que posibilita esa transformación; es decir, que la “resistencia” estará asociada, en el caso de las comunidades zapatistas, a la práctica autonómica del “mandar obedeciendo”, mientras la “rebeldía” estará asociada a la búsqueda por el EZLN de la transformación global de la sociedad desde abajo; es decir, la autoemancipación.

La transmisión más clara y precisa de todo esto ocurrió con la Escuelita Zapatista para quienes asistimos con la idea de recibir sus enseñanzas. Fue el momento de poder escuchar y mirar.²⁹ Fue así como aprendimos que la libertad es una experiencia de vida para tenerla desde hoy y no una promesa para “después del Es-

²⁸ Entrevista al delegado purépecha Juan Chávez, realizada por J. Jesús María Serna Moreno en el II Encuentro de los pueblos zapatistas con los pueblos del mundo, en Silvia Soriano Hernández [coord.], *Testimonios indígenas de autonomía y resistencia*, México, EÓN, 2009, pp. 123 y 124.

²⁹ Raúl Zibechi, *Descolonizar el pensamiento crítico y las rebeldías, autonomías y emancipaciones en la era del progresismo*, México, Bajo Tierra, 2015.

tado”. Entendimos que “tenemos que lograr hacer la revolución de la vida cotidiana aquí y ahora”. Crear espacios de encuentro y diálogo donde coincidan y luchen juntos movimientos, comunidades, barrios, colectivos y personas desde lo que cada quien es, así como desde sus localidades. Los universitarios tendríamos que retomar estas nuevas experiencias para enriquecer nuestra memoria colectiva que no puede tampoco perderse en el olvido. La resistencia indígena llevada a cabo por parte de las comunidades zapatistas puede tener enseñanzas que nos sean de utilidad a los universitarios, cuando menos para entender de otra manera nuestras experiencias pasadas como el movimiento de 1968 y otros movimientos estudiantiles en México.